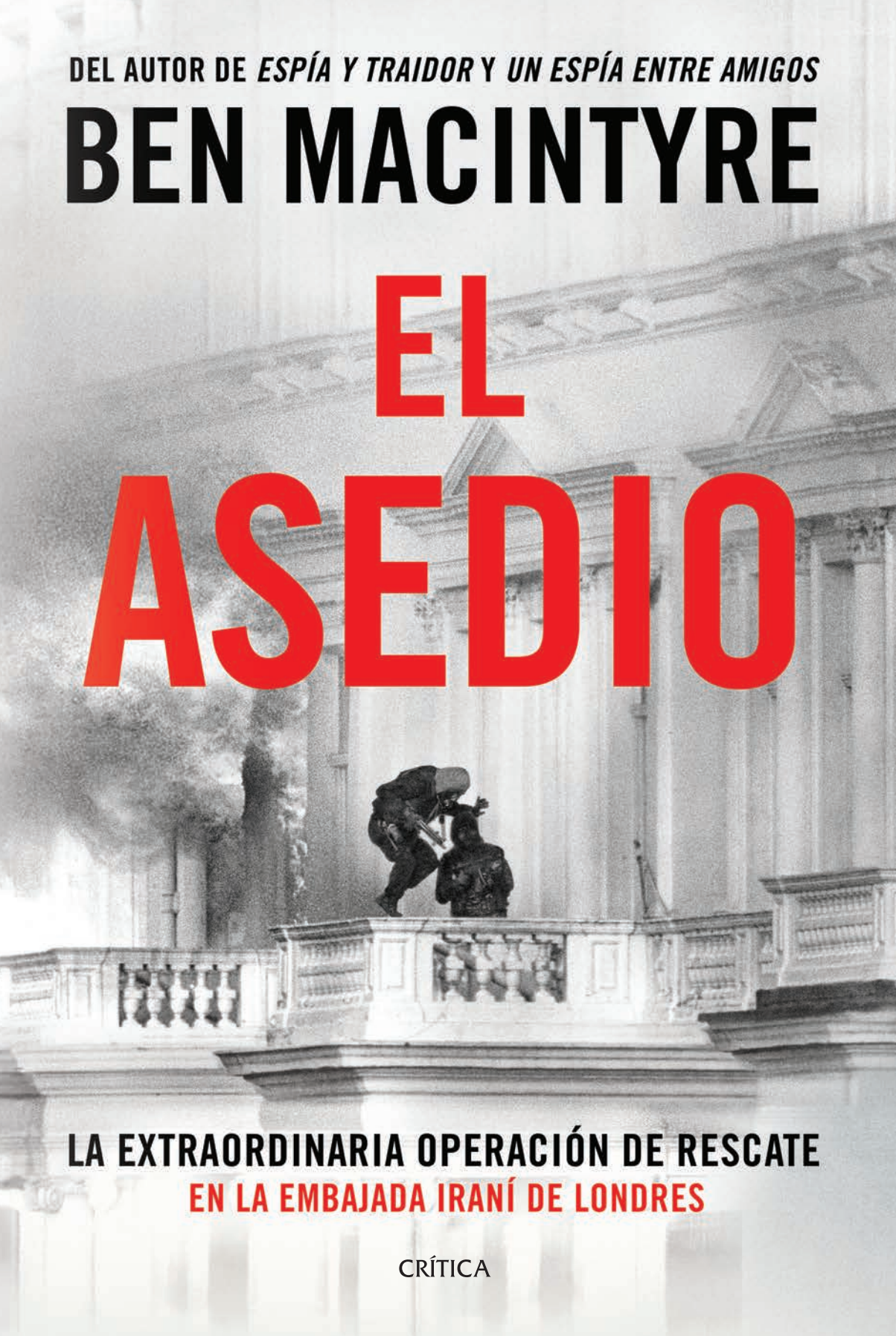


DEL AUTOR DE *ESPÍA Y TRAIADOR* Y *UN ESPÍA ENTRE AMIGOS*

BEN MACINTYRE

EL ASEDIO



**LA EXTRAORDINARIA OPERACIÓN DE RESCATE
EN LA EMBAJADA IRANÍ DE LONDRES**

CRÍTICA

Ben Macintyre

El asedio

La extraordinaria operación de rescate
en la embajada iraní de Londres



Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2025

El asedio. La extraordinaria operación de rescate en la embajada iraní de Londres
Ben Macintyre

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estará contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayude a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Siege. The Remarkable Story of the Greatest SAS Hostage Drama*

© Ben Macintyre, 2024

© de la traducción, Efrén del Valle, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-781-8
Depósito legal: B. 7.544-2025
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España



El número 16 de Princes Gate

El miércoles 30 de abril de 1980 a las 19.30, un ejército pequeño, secreto y excelentemente equipado salió de Bradbury Lines, el campamento del Servicio Aéreo Especial (SAS) en Hereford.

Los lugareños solían mostrar gran curiosidad por lo que sucedía en el campamento del SAS, así que, para no llamar la atención, los siete Range Rover blancos franquearon las tres salidas a intervalos regulares. En la parte trasera viajaban tres hombres tapados con mantas y en los asientos delanteros otros dos. Detrás de esos vehículos circulaban dos furgonetas Ford Transit blancas y dos grandes camiones amarillos para el transporte de muebles.

El pequeño convoy incluía a cuarenta y cinco soldados vestidos de paisano y armamento suficiente para librar una guerra de envergadura media.

Cada hombre llevaba una bolsa verde con sus armas y material personales: una metralleta con cargadores de treinta balas, una pistola semiautomática de 9 mm con dos cargadores extra, un respirador, guantes, pasamontañas, chaleco antibalas, botas, cinturón y kit de limpieza de armas. Además, todos llevaban una bolsa para largas estancias que contenía artículos de aseo, zapatillas de deporte, chándal y un saco de dormir. Las furgonetas transportaban munición extra, lanzadores y botes de gas lacrimógeno, granadas aturdidoras, escopetas recortadas, explosivos, linternas para armas, alimentos, agua, radios, material médico y

armas de repuesto. Las furgonetas contenían el equipo pesado: escaleras de escalada, cuerdas y herramientas de rápel, equipos de iluminación, pantallas, lanzas térmicas para cortar metal, máquinas de humo, generadores y arietes.

Parecía que el equipo de Proyectos Especiales del SAS se había propuesto repeler la invasión de Gran Bretaña, y en cierto modo así era.

Poco antes de las once de la mañana, seis jóvenes se habían reunido junto al Albert Memorial, el ornamentado homenaje de la reina Victoria a su difunto marido. El lugar estaba frente al Royal Albert Hall, en los jardines de Kensington en Londres y al oeste de Hyde Park. Los hombres provenían de Oriente Próximo, estudiantes o tal vez turistas ataviados con zapatillas deportivas nuevas, anoraks limpios y mochilas. Alrededor del cuello llevaban la kufiya, el tradicional pañuelo árabe de algodón con estampado de rejilla rojo o negro. Yasir Arafat, líder de la OLP, llevaba kufiya, como también lo hacían algunos occidentales para mostrar su simpatía hacia la causa palestina. Al tratarse de un día laborable, el parque estaba prácticamente desierto y solo había unas cuantas madres empujando cochecitos bajo una ligera llovizna y algún que otro corredor. Los hombres estaban sentados en los escalones, escuchando atentamente mientras un hombre delgado y enjuto, con perilla, un bigote fino y algo menos de treinta años, hablaba rápidamente en árabe.

A las 11.12, los seis se levantaron y cogieron las mochilas. Luego se separaron en dos grupos de tres y se dirigieron a Princes Gate, una hilera de grandes casas de estuco situadas en Kensington Road y separadas de la calle principal por un muro de ladrillo de dos metros y medio de altura y una vía de servicio con coches aparcados. Un grupo entró en la calle desde el este y el otro desde el oeste. Cuando se acercaron a la puerta del número 16, se envolvieron la cabeza con las kufiyas de modo que solo se les vieran los ojos. «*Yala* —dijo su líder—. ¡Vamos!»

Decir que Trevor James Lock, el agente de policía 469K, estaba «custodiando» la embajada iraní denota bastante más concentración y energía de la que exigía la tarea. Lock trabajaba en el Grupo de Protección Diplomática, o DPG (por sus siglas en inglés), la unidad de la Policía Metropolitana responsable de la seguridad de las ciento treinta y ocho embajadas y los altos cargos extranjeros repartidos por todo Londres. La mayoría de esas instalaciones no necesitaban protección. El DPG era eminentemente un elemento decorativo diplomático que simbolizaba el deber de Gran Bretaña de salvaguardar a los dignatarios extranjeros. El principal cometido de Lock era asentir de manera amistosa pero oficial a los visitantes y diplomáticos que entraban y salían del edificio.

El trabajo era uno de los menos estresantes y más aburridos de la policía británica, cosa que al agente Lock le parecía bien.

A sus cuarenta y un años, corpulento, paciente y sosegado, Lock distaba mucho de *The Sweeney*, la popular serie televisiva de los años setenta en la que unos policías armados recorrían Londres a toda velocidad apresando a villanos. Él recordaba más a *Dixon of Dock Green*, otro policía conocido entre los telespectadores británicos, el cual aplicaba el sentido común en su trabajo situándose en una esquina y mostrándose amigable. Hay quienes ingresan en la policía para combatir la delincuencia y mejorar la sociedad; según el propio Lock, él se hizo policía «para ayudar a las ancianas a cruzar la calle».

Nacido en el seno de una familia obrera del este de Londres, Lock había pasado la mayor parte de su vida en el barrio de Barking, donde conocía todas las calles (y a casi todas las ancianas). Durante el servicio militar, se presentó voluntario para ir a Trípoli, creyendo erróneamente que se encontraba en Italia. En Libia aprendió a manejar armas de fuego y a insultar en árabe. Después de una temporada trabajando en la fábrica Ford de Dagenham, entró en la policía a la edad de veintiséis años. Lock fue destinado a la comisaría de Barking y empezó a patrullar el mundo que conocía desde su infancia. Formaba parte del mobiliario urbano y era tan habitual e inmutable como las farolas: todo el mundo co-

noía a Trev. La primera esposa de Lock murió en 1971 y ahora vivía en una casa de protección oficial con su segunda esposa, Doreen, también nacida en Barking, y sus seis hijos, tres del primer matrimonio de ella y tres del de él. Doreen era una católica devota y él, un fanático del West Ham United Football Club. También creía en el juego limpio, en los valores culturales británicos (aunque probablemente no sabía cuáles eran) y en la policía. Bajo su exterior apacible, Lock era más duro de lo que parecía o de lo que él mismo sabía.

En enero de 1980, tras quince años patrullando las calles, Lock había solicitado plaza en el DPG, un puesto mejor remunerado: él y Doreen estaban ahorrando para ir de vacaciones con los niños a la Costa Brava. Por aquel entonces, los policías británicos no portaban armas, pero los agentes de protección diplomática eran una excepción. Después de tres días de entrenamiento, a Lock le entregaron un revólver Smith & Wesson del calibre 38 que llevaba en una funda de cuero prendida en el cinturón, pero confiaba en que nunca tendría que utilizarlo. «La policía y las armas no son buena combinación», decía.

Hacía frío y lloviznaba cuando Lock salió de su casa de Dagenham aquel miércoles por la mañana, y Doreen insistió en que se abrigara bien, ya que se pasaría el día en el porche de la embajada. Debajo de una gabardina impermeable llevaba dos jerséis y su chaqueta de policía. Era el cumpleaños de Doreen y Lock había planeado una salida nocturna por la ciudad. Después del trabajo irían a comprar perfume a Harrods y luego habría un regalo sorpresa: dos entradas para *Ipi Tombi*, el exitoso musical que se representaba en el London Astoria Theatre del West End. A Doreen le gustaban las sorpresas.

A las 11.18, Abás Fallahi, el portero iraní, asomó la cabeza por la puerta principal y ofreció a Lock una taza de café. Según el reglamento policial, un agente del DPG no debe ser visto comiendo o bebiendo mientras está de servicio, y Lock no debía abandonar su puesto junto a las escaleras. Además, el café persa de Fallahi, fuerte, negro y dulce, en su opinión «estaba asquero-

so». Pero rechazarlo podía resultar ofensivo, así que Lock se situó entre la puerta exterior de roble y la puerta de seguridad interior de cristal y hierro forjado y aceptó la taza humeante.

Abás Fallahi llevaba nueve años trabajando en la embajada iraní. Su primer empleo nada más llegar de Teherán consistía en pasear al embajador por Londres en un reluciente Rolls-Royce Silver Shadow. Su Excelencia Parviz Radji representaba al sah de Irán, Rey de Reyes, Luz de los Arios y Soberano de la Orden del León Rojo y el Sol. El embajador llevaba una vida suntuosa de fiestas y recepciones, y recibía a sus invitados en Princes Gate, donde Fallahi también ejercía de camarero y servía caviar y champán.

En aquel momento, el sah era el déspota favorito de los occidentales en Oriente Próximo: modernizador, cooperador y con abundante petróleo. También era altivo, amante del lujo y autocrático. En 1953, la CIA y el MI6 habían conspirado para fortalecer su dominio en Irán derrocando al gobierno elegido democráticamente tras amenazar con una nacionalización de la industria petrolera. Los cortesanos del sah lo colmaban de halagos, muchos de sus súbditos lo despreciaban y toda oposición era reprimida con despiadada brutalidad por su policía secreta, la Oficina de Inteligencia y Seguridad Nacional, conocida como SAVAK.

La embajada del 16 de Princes Gate simbolizaba la riqueza y poder del sah: una enorme casa victoriana construida en 1849, con cincuenta y seis habitaciones, cinco plantas y un sótano, en una hilera de once casas de estilo italiano con vistas a Hyde Park, situado más al norte. Contaba con gruesas alfombras persas, molduras en los techos, suelos de mármol, cortinas con vuelo, barandillas pulidas y un aire de elevada grandeza propio del monarca del Trono del Pavo Real. Entre los antiguos residentes de Princes Gate se encontraban Joseph Chamberlain y el mariscal de campo Douglas Haig. Los vecinos eran ilustres: John F. Kennedy había vivido al lado cuando su padre era embajador de Estados Unidos y la embajada de Etiopía estaba enfrente, en el número 17.

En 1979, la Revolución islámica derrocó al sah, un acontecimiento que los cogió por sorpresa a él, a sus aliados occidenta-

les y a casi todo el resto del mundo. El orgulloso monarca de Irán se vio forzado a un exilio ignominioso y la dinastía imperial laica Pahlaví fue reemplazada por una teocracia antioccidental, autoritaria e islamista liderada por el ayatolá Ruholá Jomeiní, un clérigo radical. Se trataba de un régimen militante decidido a extender el islam chií por Oriente Próximo e imponer el dominio iraní.

La vida en la embajada iraní en Londres cambió de la noche a la mañana y, al igual que su rey, el embajador Radji se exilió y fue sustituido por un representante de la República Islámica de Irán. El doctor Gholam-Alí Afruz era una nueva clase de diplomático iraní: fanáticamente dedicado al ayatolá, inquebrantable en su fundamentalismo islámico y sin apenas experiencia en diplomacia internacional. Afruz había estudiado Psicología y Educación en la Universidad Estatal de Michigan antes de regresar a Teherán para unirse a la Revolución islámica. Detenido y encarcelado por la SAVAK, fue liberado cuando el ayatolá subió al poder y empezó a trabajar en la imposición de una estricta conformidad ideológica como alto cargo del nuevo Ministerio de Orientación Nacional. En septiembre de 1979, a la edad de veintinueve años, fue enviado a Londres como embajador adjunto de Irán, el diplomático de mayor rango en el país.

Afruz, un oportunista elegante y pagado de sí mismo, con barriga y un aire de solemnidad, trajo consigo una nueva austeridad islámica y un grupo de hombres de mentalidad afín, jóvenes revolucionarios que en su mayoría debían su cargo al fervor religioso. Como musulmán abstemio, el primer acto público de Afruz fue vaciar la extraordinaria bodega de la embajada y verter todas las botellas por el desagüe. El Rolls de la embajada fue puesto en venta. Abás Fallahi fue degradado a portero y tuvo que cambiar la gorra de chófer y el frac de camarero por un traje azul. Las fiestas cesaron.

Los contactos entre Londres y Teherán oscilaban entre la frialdad y la hostilidad abierta, pero las relaciones diplomáticas aún no se habían roto, y el agente Lock era una prueba de ello.

Después de entregar el café al policía, Fallahi sirvió siete tazas más y las llevó en una bandeja a la sala de espera de la planta baja, donde había un grupo de visitantes sentado bajo un gran retrato del ayatolá, con su barba y sus cejas espesas: dos periodistas de la BBC que querían obtener visados a Irán, un estudiante, un banquero, dos turistas paquistaníes y un vendedor de alfombras iraní que tenía cita para ver al médico de la embajada.

En su despacho de la planta baja, Afruz estaba dando un discurso revolucionario a un periodista. En la sala de prensa, situada dos pisos más arriba, el agregado de prensa estaba hablando con otro periodista y había siete secretarías repartidas por el edificio. Ron Morris era el mayordomo de la embajada y el único empleado británico a tiempo completo. Él era quien mantenía la embajada en marcha, garantizaba que hubiese existencias suficientes de cinta de télex, papel higiénico y té y comprobaba el aceite de la caldera. En ese momento se encontraba en su pequeño despacho de la cuarta planta tomando una taza de té, ritual que seguía con regularidad casi religiosa a lo largo de todo el día.

A las 11.26 había treinta y una personas dentro de la embajada, ninguna de las cuales estaba haciendo nada interesante o de relevancia.

«Otro estudiante iraní», pensó el agente Lock al ver a un joven acercándose a la puerta principal, que estaba entreabierta.

Entonces vio la metrallera.

La primera bala atravesó la puerta de seguridad y varios fragmentos de cristal impactaron en el rostro de Lock. Mientras se tambaleaba hacia atrás, el pistolero disparó otra ráfaga al tiempo que lanzaba gritos en árabe. La taza de café y el platillo se estrellaron contra el suelo de mármol. Con los ojos llenos de sangre, Lock fue empujado hacia el pasillo mientras otros dos hombres armados y con la cara tapada con kufiyas irrumpían en el edificio, disparando al aire. «¡No se muevan! —gritó en inglés el pistolero que iba en cabeza—. ¡Manos arriba! ¡Contra la pared!» Instintivamente, Lock cogió la radio que llevaba prendida a la solapa y pulsó el botón de emergencia. Un segundo después, el primer

intruso se la arrancó de la chaqueta. En el centro de Londres, a cinco kilómetros de distancia, sonó una alarma en la Sala de Información de Scotland Yard.

Chris Cramer, productor de informativos de la BBC, se encontraba en el pasillo principal cuando los atacantes entraron por la puerta. Entonces volvió a la sala de espera, ocupada por los otros visitantes. «Hay hombres armados ahí fuera», anunció entre jadeos. Dos de los atacantes subieron por las escaleras, disparando al aire y gritando. Lock levantó las manos y se pegó a la pared de la zona de recepción, donde ya se encontraba Fallahi, con unos ojos como platos y la cafetera en la mano.

El pistolero se bajó la kufiya. «Por favor, no teman —dijo—. Reuniremos a todos los ocupantes del edificio, daremos unos discursos y luego nos iremos.» Lock apenas podía verlo a causa de la sangre. La voz del hombre era clara y extrañamente tranquila. «No se preocupen, no les ocurrirá nada. Son todos nuestros amigos.» Pero, mientras hablaba, un segundo pistolero, más alto que el primero, sacó una granada de mano verde del bolsillo del anorak y pasó el dedo por la anilla que sujetaba el percutor. Le temblaban las manos.

Al oír la conmoción que estaba produciéndose en el piso de abajo, Afruz fue corriendo hacia la puerta de su despacho y la cerró justo cuando los atacantes llegaban al descansillo. El diplomático y su entrevistador se miraron sin mediar palabra mientras los intrusos golpeaban la puerta con sus armas y gritaban a los ocupantes que abrieran. Afruz sabía suficiente árabe para entender lo que decían: «Este es el despacho de Alí Afruz [...] Que no escape». Entonces, se oyeron pisadas atronadoras por las escaleras.

«Hoy hay mucho ruido ahí fuera —pensó Ron Morris distraídamamente—. ¿Será otra manifestación de estudiantes? Yo creo que sí. Alguien ha disparado una bala de fuego...» Al salir del despacho y mirar por el hueco de la escalera vio al policía y al portero, que subían escoltados por un hombre con una metralleta. Morris volvió apresuradamente a su despacho y cerró la puerta.

No era una persona que se alterara con facilidad, pero tampoco se le daba bien pensar rápido. En sus veintisiete años en la embajada no había ocurrido nada ni remotamente parecido. Era un hombre con aficiones. Una de ellas era coleccionar réplicas y pistolas de juguete, y tenía varias en el cajón de su escritorio, entre ellas una pistola de aire comprimido Diana .177, que se parecía un poco a una Browning. Morris la sacó, pero se lo pensó mejor y la guardó de nuevo. La pistola de aire comprimido era útil para matar ratas en el sótano de la embajada, pero no para repeler a unos terroristas fuertemente armados. En lugar de eso, cogió el teléfono y marcó el 999. «¿Bomberos, policía o ambulancia?», dijo una voz. «Policía, por favor», susurró él. Los gritos y los disparos se oían cada vez más cerca y Morris colgó. «¿Es mejor que no te pillen con el teléfono en la mano? —pensó—. Sí. ¿Y mejor te quedas sentado? Sí.» Y eso es lo que hizo.

Por todo el edificio había gente aterrorizada intentando escapar: cinco personas lo consiguieron. Dos mujeres abrieron la puerta principal y, dando gritos, salieron corriendo a la calle. El director médico agarró a un anciano iraní y salieron por la ventana de su despacho a la parte trasera de la planta baja. El cónsul general iraní subió al balcón trasero, saltó a la terraza de la embajada etíope y entró por la ventana.

Por un momento, los ocupantes de la sala de espera quedaron sin vigilancia. Entre ellos se encontraba Simeon Harris, un ingeniero de sonido de la BBC conocido como «Sim». Harris era un periodista veterano, uno de los técnicos no reconocidos pero vitales que se ocupan de grabar el sonido de las noticias. Durante quince años había recorrido el mundo cubriendo guerras, conflictos y revueltas, así como las noticias nacionales. El año anterior, en Teherán, había formado parte del equipo de la BBC que informó sobre el regreso del ayatolá desde el exilio y los enfrentamientos callejeros que lo acompañaron. Cuando oyó los gritos, Harris dio por hecho que eran «partidarios de Jomeiní» organizando algún tipo de manifestación. «Siempre hacen cosas raras», pensó. Mientras su compañero Chris Cramer intentaba abrir la ventana que daba a la

calle (que estaba sellada), Harris no quería armar escándalo: «Entrarán corriendo y gritando y al final se los llevará la policía».

En aquel momento entró otro pistolero. «No te muevas —dijo, apuntando con la ametralladora a la cabeza de Cramer—. Si te mueves, estás muerto.»

Un grupo de ocho o nueve trabajadores de la embajada subieron corriendo las escaleras por delante de los pistoleros y entraron en una pequeña habitación del piso de arriba que nadie utilizaba. Roya Kaghachi, a sus veinticinco años la secretaria de mayor rango, cerró la puerta y todos se pegaron a la pared mientras los gritos se aproximaban: «¡Buscad al embajador y registrad bien todas las salas!». De repente, Frieda Mozafarian, otra joven secretaria, empezó a gritar incontrolablemente. Roya la abofeteó con fuerza, pero ya era demasiado tarde. Alguien abrió la puerta de una patada y uno de los intrusos disparó al techo. «*Dasta bala* —gritó en farsi, la lengua de Irán—. ¡Las manos sobre la cabeza! ¡Contra la pared!» Frieda gritó de nuevo antes de desmayarse.

Entonces, en un momento surrealista, un pistolero se volvió hacia el otro y, pasando del farsi al árabe, preguntó: «¿Qué hacemos ahora?».

Gholam-Alí Afruz entreabrió ligeramente la puerta de su despacho y vio que el descansillo estaba vacío. Entonces fue corriendo a la parte trasera del edificio y abrió la ventana que daba al jardín. Seis metros más abajo había un patio de piedra y la escalera del sótano, con su barandilla de hierro. Afruz se detuvo en la cornisa. Tenía sobrepeso y no estaba en forma, así que empezó a jadear a causa del esfuerzo y luego saltó.

Ron Morris aún estaba sentado cuando la puerta de su despacho se abrió de golpe. «¿Qué pasa? —preguntó el inglés—. ¿Qué pasa?»

El pistolero más alto se había quitado la kufiya y dejó a la vista un peinado tupido, casi afro, y unos ojos desorbitados. Morris se fijó en que llevaba botas de vaquero. El hombre le apuntó a la frente con la ametralladora.

«Inglés, inglés. Tú mi amigo. Ven.»

Segundos después de que Lock pulsara el botón de emergencia, el sargento encargado de la centralita de Scotland Yard envió una alerta por radio a todas las unidades armadas de protección diplomática. En tres minutos, cuatro agentes del DPG montaron en sus motocicletas, aparcadas en embajadas cercanas, y se encontraron en Princes Gate. Dos minutos después aparecieron otros cinco en dos coches patrulla. Todos llevaban revólveres del calibre 38.

Rápidamente se emitió un anuncio en la frecuencia principal de la policía metropolitana: «Terroristas armados han atacado y tomado la embajada iraní». Un segundo anuncio informaba de que Lock había iniciado la llamada de emergencia y ahora no respondía a su radio: «El enlace de emergencia de la embajada iraní con Scotland Yard ha sido activado. Todas las unidades disponibles acudan inmediatamente». Al momento, todos los coches patrulla que se encontraban en la zona se dirigieron al lugar de los hechos con las sirenas encendidas. El registro de la policía señalaba: «Informes no confirmados de que algunos empleados de la embajada están saltando por la ventana trasera para escapar».

La escritora y periodista Rebecca West estaba mirando distraídamente por la ventana de su piso de Kingston House North, con vistas a los jardines de la embajada, cuando vio a un hombre regordete subirse al alféizar del edificio de enfrente y saltar. El fugitivo rebotó en la barandilla de hierro, aterrizó con un crujido estremecedor y quedó tendido en el patio de losas. La señora Rebecca tenía ochenta y siete años y había informado sobre la Yugoslavia de preguerra, los juicios de Núremberg y la Sudáfrica del *apartheid*. Enormemente entusiasmada por el espectáculo que estaba desarrollándose a menos de cincuenta metros, la veterana periodista acercó una silla, abrió la ventana para oír bien lo que ocurría y empezó a tomar notas. La amenaza de violencia cercana, escribió más tarde, «causaba una sensación en el estómago y los intestinos similar a un mareo que no se alivia con el vómito. Se trata de un malestar que solo puede sobrevenirle a uno en tiempos de paz. La guerra prepara los nervios para el horror; en época de paz, te llega en bruto». El espectáculo en bruto

estaba produciéndose bajo su ventana y no iba a perderse ni un minuto. Dos hombres con pañuelos árabes salieron del sótano y arrastraron el cuerpo inerte al interior.

El agente Dusty Gray estaba de servicio en el oeste de Londres cuando oyó por radio la señal de emergencia. Gray había servido diecinueve años en el escuadrón D del 22.º SAS (el componente regular del regimiento, a diferencia de los reservas), incluyendo dos años en el equipo antiterrorista, antes de incorporarse a la policía como adiestrador canino. Se dirigió a la embajada, llevó a cabo un reconocimiento rápido y no autorizado de la zona y luego buscó una cabina telefónica, desde la cual llamó a Bradbury Lines, el cuartel general del SAS en Hereford, también conocido como «el Kremlin». A las 12.07, el operario puso a Gray con el teniente coronel Michael Rose, oficial al mando del 22.º SAS.

—Estoy delante de la embajada iraní en Londres y acaban de tomarla unos terroristas armados.

—¿Hablas en serio, Dusty? —preguntó el coronel—. ¿Estás totalmente seguro?

—Jefe, he visto terroristas armados moviéndose por el edificio. Esto es muy grave.

Rose telefoneó inmediatamente al brigadier Peter de la Billière, director de las fuerzas Especiales del Ministerio de Defensa en Londres. Entonces ordenó al comandante Hector Gullan, oficial al mando del escuadrón B, que recabara toda la información disponible y ofreciera una sesión informativa inicial una vez que los hombres se hubieran reunido. «Dícales a todos que se den prisa por si tenemos que actuar con rapidez.» Sin esperar autorización oficial del Ministerio de Defensa, Rose ordenó al escuadrón que acudiera a Londres inmediatamente.

El escuadrón B era el actual equipo de Proyectos Especiales de Hereford, el grupo antiterrorista permanente, y se subdividía en dos equipos, Rojo y Azul. Cada equipo estaba formado por veinte hombres: doce entrenados en asalto y ocho francotiradores (estos últimos también formados como asaltantes), además de ofi-

ciales y otros. El Equipo Rojo estaba recibiendo entrenamiento con armas de fuego, pero a la hora de comer, la mayoría de los hombres se encontraban en la cocina de campaña. Los miembros del Equipo Azul estaban relajándose en casa o, en algunos casos, en el pub. A las 11.48, unos veinte minutos después de que los hombres armados entraran por primera vez en la embajada, el «código de operación» parpadeó en decenas de localizadores electrónicos: «9999» seguido del mensaje «Esto va en serio».

Ron Morris bajó dos tramos de escaleras y fue conducido a la pequeña sala de cifrado, situada al fondo del segundo piso, donde se encriptaban y descodificaban mensajes confidenciales, tanto entrantes como salientes. En la sala había únicamente dos mesas de metal, una para el operario de cifrado y otra para su secretaria, pero ahora se hacinaban allí veintidós rehenes asustados a los que custodiaban tres hombres armados. En el aire se respiraban la conmoción y el miedo.

Chris Cramer intentó limpiar con un pañuelo arrugado la sangre que cubría el rostro del agente Lock. «No se preocupe —insistió el policía, tanto a sí mismo como a los demás—, estoy bien. Esperemos que todo salga bien.» Morris se detuvo en el umbral y notó el cañón de un arma presionándole la columna vertebral. «¡Manos arriba! ¡Contra la pared!», le ordenaron, y se unió a Lock, Cramer y Harris, los otros rehenes británicos.

En ese momento llevaron a otros tres rehenes varones a la sala abarrotada, entre ellos un joven vestido con una rebeca de color amarillo chillón. «Afruz ha saltado —se lamentó—. Lo he visto en el suelo. El doctor Afruz está muerto. ¡Está ahí tirado, muerto!» Algunas mujeres rompieron a llorar. El agente Lock, con la espalda pegada a la pared y las manos en alto, se dirigió a los allí presentes: «Vamos a guardar silencio, sobre todo ustedes, señoras —instó—. Solo están disparando balas de fuego. Nadie saldrá herido. No hagamos ruido.» El policía estaba pálido y le caía sangre por la cara a causa de las docenas de cortes que le habían provocado los cristales. Según Harris, «parecía que le hubieran

disparado con una escopeta de perdigones». La despreocupación que mostraba antes el técnico de sonido de la BBC se había evaporado, y vio que le temblaban las manos.

Todos los pistoleros se habían quitado las kufiyas y los rehenes vieron por primera vez el rostro de sus captores. No había duda de quién estaba al mando. El líder de los terroristas era esbelto y llevaba una perilla cuidada. Rondaba «los treinta años y tenía una cara redonda y casi serena y unas cejas pobladas. Se movía con soltura y empuñaba una pistola ametralladora con ambas manos». Harris poseía una habilidad extraordinaria para detectar detalles que otros pasarían por alto: se fijó en lo bien vestidos que iban los intrusos. Su líder parecía salido de una sesión fotográfica de moda, con sus vaqueros nuevos, su camisa negra de algodón y sus zapatillas rojas y blancas. Los otros pistoleros estaban atentos a «cada una de sus palabras y movimientos. Nadie discutía sus órdenes». Lo llamaban «Salim» (a veces se hacía llamar «Oan»).

Chris Cramer tenía treinta y dos años y era hijo de un policía. Su aparente confianza en sí mismo ocultaba una ansiedad interior. Parecía un hippy grandullón de metro ochenta y tres de estatura, con melena y barba larga. Cramer eligió ese momento para acercarse al líder y tenderle un paquete de tabaco abierto: «¿Qué queréis que hagamos? ¿En qué podemos ayudaros?». El pistolero principal se estremeció y levantó el arma. «Vuelve al fondo de la sala», le espetó en un inglés perfecto, y luego añadió más pausadamente: «No hables, por favor. Creo que es mejor que guardes silencio. ¿De acuerdo?».

Luego cambió al árabe.

—¿Estos son todos los rehenes? —preguntó.

—Sí, creo que sí —contestó el pistolero alto que estaba a su lado, el Número 2.

La voz del tercero llegó desde el pasillo.

—Salim, ven aquí. El embajador no está. Su despacho está vacío.

—Ya voy —repuso Salim—. Ten cuidado. Vuelve arriba y comprueba las habitaciones una por una, pero sin disparar. Nada

de disparos, ¿entendido? —Se volvió hacia su ayudante—. Faisal, regístralos.

Los pistoleros se hablaban unos a otros con peculiar formalidad y era evidente que no utilizaban sus nombres reales.

Faisal cacheó a Harris, el cual pudo observarlo más de cerca. Era «el típico árabe del desierto —concluyó el técnico de la BBC—, con rasgos delicados, la nariz un poco aguileña, el pelo negro a lo afro y un bigote de herradura».

El pistolero encontró el localizador electrónico de Harris prendido en su cinturón y lo examinó con suspicacia.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es mi busca de trabajo.

—¿Está conectado a la policía?

—No, claro que no.

Faisal lo lanzó encima de una mesa. Luego sacó la funda de las gafas de Ron Morris del bolsillo de su chaqueta y la tiró al suelo, donde se abrió, haciendo que las gafas se deslizaran sobre la moqueta verde. «Eh, cuidado. Son mis gafas», dijo Morris. Lock fue el siguiente. El pistolero alto le palpó los bolsillos, notó el bulto de la pistola en el costado y miró al policía con aire inquisitivo. «Cuadernos, mapas y cosas así», dijo este inmediatamente. Después hizo sobresalir una libreta del bolsillo, un engaño instintivo que pudo salvarle la vida. No tenía pensado ocultar su revólver reglamentario, y al momento se preguntó si eso los había puesto a todos en un peligro aún mayor.

Sin más explicaciones, los rehenes fueron conducidos a la Oficina General, una sala contigua más amplia con ventanas que daban al jardín trasero.

«Cerrad la cortina», ordenó el pistolero principal a Cramer y Harris antes de encender las luces fluorescentes, que inundaron la sala de un lúgubre resplandor amarillento. Luego, los intrusos empezaron a dividir a los rehenes en grupos: las mujeres en una esquina, los hombres iraníes en otra y un tercer grupo formado por los siete no iraníes (dos paquistaníes, un sirio y cuatro ciudadanos británicos).

Momentos después entró Afruz arrastrado por otros dos pistoleros. Tenía un lado de la cara ensangrentado a causa de un corte y el ojo izquierdo hinchado. El diplomático se tambaleó unos metros, con la pernera del traje marrón oscuro ondeando debido a un desgarrón, y se desplomó pesadamente en el suelo. Frieda Mozafarian soltó un grito y volvió a desmayarse. En su intento frustrado de huir por la ventana, el embajador se había roto la mandíbula y varias costillas. Seguía vivo, pero estaba demasiado conmocionado para hablar.

Ron Morris se arrodilló para tomarle el pulso.

—Oh, no... ¿Qué le han hecho, señor? —Luego se volvió hacia los pistoleros—. ¿Qué le habéis hecho? ¡Llamad a un médico ahora mismo! Este hombre está muy enfermo.

Salim habló un momento con Faisal antes de responder:

—No es posible. Está bien.

—Llamad a un médico. Podría morir —suplicó Morris.

—Silencio, por favor —respondió el intruso con firmeza.

Lock volvió a hablar.

—Si me traéis el radioteléfono, puedo hablar con la policía y pedir que manden un médico.

Salim sonrió. No era una sonrisa desagradable.

—Te estás pasando de listo —dijo en voz baja—. Cállate, por favor. Quiero que estéis todos en silencio.

El secuestrador más joven apareció con una jarra de agua que había llenado en el baño situado al otro lado del pasillo y se la ofreció a Morris con una sonrisa vacilante. Era poco más que un niño y parecía casi tan confuso como los rehenes.

—Todo irá bien, señor —dijo Morris pausadamente mientras le limpiaba la sangre de la cara al herido—. No se preocupe, jefe. No nos pasará nada.

Afruz se revolvió y pareció reanimarse un poco, y Morris le puso un cojín debajo de la cabeza. Roya Kaghachi empezó a mojarle la cara, hablando suavemente en farsi.

Desde abajo llegó un sonido de muebles pesados arrastrándose por el suelo: los atacantes se estaban atrincherando.

La Oficina General se utilizaba poco y solo contenía unos archivadores grises vacíos y tres mesas de acero. Algunos rehenes estaban sentados en la descolorida moqueta Wilton de color verde mientras otros contemplaban atónitos las paredes o charlaban en pequeños grupos. El pistolero alto estaba vigilando la puerta. Las laceraciones que había sufrido el policía en la cara habían dejado de sangrar, pero se le estaba hinchando el ojo. Cramer se acercó a él y le susurró:

—¿Cómo se llama?

—Agente Trevor Lock.

—¿Cómo han entrado?

—No me dio tiempo a sacar el arma. —Lock miró a su alrededor y bajó aún más la voz—. La llevo encima. No se han dado cuenta.

El descubrimiento de que el policía seguía armado era alentador, pero también espeluznante.

—¿Tiene intención de usarla? —preguntó Cramer.

—De momento no. Ya lo he pensado: como mucho podría acabar con dos de ellos.

A Cramer lo asaltó otro pensamiento alarmante: ¿Y si Lock recibía un disparo?

—No quiero ser pájaro de mal agüero, pero, por si ocurriera algo, ¿dónde está y cómo se utiliza?

Lock ladeó la cabeza para señalar la cadera.

—La llevo debajo del jersey. No tiene el seguro puesto. Solo hay que apretar el gatillo.

De repente sonó un teléfono y todos los presentes se sobresaltaron, pero nadie se movió.

Después de varios tonos, Salim hizo un gesto al rehén más cercano, un hombre corpulento y moreno de treinta y cinco años con un bigote considerable, una corbata gruesa y un aire cosmopolita.

Mustafá Karkuti era un periodista sirio que hablaba árabe por nacimiento, inglés perfecto por adopción y bastante farsi, cosa que lo convertía en la única persona de la embajada capaz de co-

municarse en las tres lenguas. También comprendía mejor que ninguno de los presentes las complejidades de la política en Oriente Próximo. De hecho, la había vivido en sus propias carnes.

A los diecisiete años, Karkuti, hijo del propietario de una tienda de comida, había sido detenido por entrar en su escuela y pintarraजार en las paredes varios mensajes de condena al régimen militar. La policía secreta lo metió en la cárcel, le propinó una paliza y le ordenó que abandonara el país. A continuación se trasladó al Líbano, asistió a la universidad en Beirut, trabajó de profesor y periodista y se convirtió en partidario de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), el grupo militante que luchaba por la creación de un Estado palestino. Karkuti, un nacionalista árabe de izquierdas, se unió al Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP), un grupo de corte marxista-leninista, pasaba los veranos trabajando en campamentos de refugiados palestinos y recibió entrenamiento armamentístico en Jordania. Tras colaborar en la fundación de *As-Safir* (El embajador), un popular periódico izquierdista en lengua árabe, en 1974 fue destinado a Londres como principal corresponsal extranjero. Allí informaba sobre política y religión de Oriente Próximo y se especializó en Irán. Adoraba Gran Bretaña, país que había visitado por primera vez coincidiendo con el Mundial de Fútbol de 1966, y juró no marcharse nunca, pero también seguía siendo un partidario activo de la OLP que se oponía vehementemente a Israel.

En una situación en la que intervenían árabes, iraníes y ciudadanos británicos, la postura política, el idioma y la personalidad de Karkuti lo convertían en el intermediario ideal, un papel que habría hecho cualquier cosa por evitar.

Aquella mañana, Karkuti tenía cita con el agregado de prensa iraní para hablar de una visita a Teherán, pero llegó tarde por una disputa doméstica. Su esposa Faten, de origen sirio, estaba embarazada de cinco meses, del que sería su segundo hijo, e insistió en salir a cenar con su sobrina recién casada, pero Mustafá quería quedarse en su casa de Ealing. La discusión había ido a más y aún

estaba recortándose el bigote con rabia cuando Faten salió de casa dando un portazo. Mientras buscaba aparcamiento para su Renault 11 blanco en las inmediaciones de la embajada, Karkuti vio en la esquina a unos hombres con kufiyas. «Llevaban la cabeza tapada con la capucha del anorak y gafas de sol idénticas» a pesar de que estaba nublado. Su aspecto le resultó extraño, pero no le dio más importancia. Aparcó en Rutland Gate, introdujo en el parquímetro monedas suficientes para dos horas y fue corriendo a la embajada con su llamativo maletín de plástico amarillo bajo el brazo. El policía regordete apostado en la escalera asintió sonriente y el portero lo acompañó a la Oficina de Prensa, ubicada en el tercer piso. «Siento llegar tarde —dijo entre jadeos cuando el agregado de prensa le ofreció asiento—. Hay un tráfico espantoso.» Pasó el resto de su vida deseando que su discusión con Faten se hubiera prolongado tres minutos más.

En la Oficina General, Karkuti descolgó el auricular con cautela.

—Hola. ¿Quién es, por favor?

Salim amartilló su pistola y apuntó a Karkuti a la cabeza. Con el frío cañón presionándole la sien, el periodista notó una sacudida en el estómago, como si le hubieran «golpeado en lo hondo de las tripas».

Temblando, Karkuti volvió a colgar y balbuceó:

—Creo que se han equivocado de número.

Al pistolero le sorprendió que se dirigiera a él en árabe.

—¿Qué? ¿Un árabe? ¿Qué haces aquí entre persas? ¿*Jasus* [espía]?

—Soy periodista y escribo para un periódico libanés.

—¿Y qué haces aquí? ¿Cómo podemos estar seguros de que no mientes?

Karkuti rebuscó en su cartera el carné del Sindicato Nacional de Periodistas.

—Tenía una reunión con el director de prensa, el doctor Ezzati —respondió, señalando al otro lado de la sala en dirección a un iraní calvo, que asintió enérgicamente.

—Sí, es correcto —confirmó Abdul Ezzati en farsi.

Salim observó el carné un momento y se lo guardó en el bolsillo.

—Ya hablaremos luego.

Karkuti señaló el teléfono y se dirigió a los demás en inglés:

—Número equivocado. Se oía solo la voz de un hombre.

—Probablemente fuera policía —susurró Cramer a Lock—. Al menos saben que estamos aquí.

La policía no sabía quién estaba en la embajada, tan solo que habían entrado unos hombres armados, que se habían efectuado disparos y que los rehenes, entre ellos un policía, estaban dentro. Una persona había resultado herida al saltar por una ventana y luego unos hombres enmascarados lo habían arrastrado al interior.

Pero esos escasos detalles bastaron para desencadenar una de las operaciones antiterroristas más espectaculares que Londres haya presenciado jamás.